

RUDYARD KIPLING

La sociedad secreta de Jane Austen

GRANDES CLÁSICOS



FUNAMBULISTA



Jane Austen, guerra y masonería
según Kipling

INÉDITO EN ESPAÑOL



La sociedad secreta
de Jane Austen

Rudyard Kipling

La sociedad secreta
de Jane Austen



Traducción y postfacio
de Paloma Díaz Espejo



Primera edición: marzo de 2023

Títulos originales: *In the Interests of the Brethren*, 1918
A Friend of the Family, 1924
Jane's Marriage, 1924
The Janeites, 1924

© de la traducción y del postfacio: Paloma Díaz Espejo, 2023

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2023
c/ Flamenco, 26 - 28231 (Las Rozas) Madrid

www.funambulista.net

IBIC: FC

ISBN: 978-84-126587-3-6
Depósito Legal: M-3571-2023

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *A Haircut*, George Metcalf Archival Collection
CWM 19920044-061

Impresión y producción gráfica: Safekat

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

La sociedad secreta de Jane Austen

En aras de la hermandad



Estaba comprando un canario en una pajarería cuando se dirigió a mí por primera vez y me sugirió que escogiera un pájaro menos pigmentado.

—El color depende de la comida —dijo él—. A menos que ya sepa cómo alimentarlos, claro. Los canarios son uno de nuestros pasatiempos.

Se marchó antes de que pudiera darle las gracias. Era un hombre de mediana edad con pelo grisáceo y una barba corta y oscura, algo así como si fuese un terrier de Gales con gafas plateadas. Por algún motivo, su cara y su voz se me quedaron tan grabadas en la mente que, meses después, cuando me tropecé con él en un andén abarrotado con los miembros de un club de pesca que iban al Támesis, lo reconocí, me giré y le hice un gesto con la cabeza.

—Le hice caso con lo del canario —dije.

—¿Sí? ¡Qué bien! —respondió él efusivamente por encima del hombro y de la funda de su caña, y luego el gentío nos separó.

Hace unos años entré en una tienda de tabaco para que me limpiaran una pipa bastante atascada.

—¡Vaya, vaya! ¿Y cómo le va al canario? —dijo el hombre detrás del mostrador. Nos estrechamos la mano y nos preguntamos los dos al mismo tiempo cómo nos llamábamos.

Se llamaba Lewis Holroyd Burges, de los Burges and Son, como podría haber visto encima de la puerta; pero al hijo lo habían matado en Egipto. Tenía el pelo más blanco que la última vez y los ojos un poco hundidos.

—¡Vaya, vaya! Pensar que —dijo él—, entre tantos millones de hombres, se presente usted de tan curiosa manera, cuando hay muchos que ni llegan a aparecer, ¿eh? —Fue entonces cuando me contó lo de la muerte de Lewis hijo y por qué al muchacho se le había bautizado como Lewis—. ¹ Sí. En estos momentos, a las personas de mediana edad

1. El nombre de *Lewis* tiene connotación en el sistema masón: significa el hijo del masón o el lobatón. (*Todas las notas son de la traductora, salvo cuando está indicado que son del autor*).

no nos queda gran cosa. Incluso nuestros pasatiempos... Solíamos pescar juntos. ¡Y lo mismo con los canarios! Solíamos criarlos por el color. Nuestra especialidad era el naranja intenso. Por eso me dirigí a usted, si se acuerda, pero he vendido todos mis pájaros. ¡Vaya, vaya! Y ahora debemos averiguar cuál es su problema.

Se inclinó sobre la pipa estropeada y se ocupó de ella con la destreza de un cirujano. Un soldado entró, habló en voz baja, recibió una respuesta y se marchó.

—Hoy en día muchos de mis clientes son soldados y varios de ellos pertenecen al Taller² —dijo el señor Burges—. Me duele en el alma darles el tabaco que me piden. Pero, por otro lado, en un grupo de cinco mil hombres, no hay ni uno que tenga paladar para el tabaco. Preferencia, sí. Paladar, no. Aquí vuelve a tener su pipa. Se merece que la trate mejor. Existe un procedimiento, un ritual, en todas las cosas. Si vuelve a pasar por aquí, tenga por seguro que será bienvenido. Tengo algún que otro cachivache que le podría interesar.

Me fui de la tienda con la impresión más rara del mundo, la sensación, a la que solo tienen derecho los jóvenes, de que quizá había hecho un amigo. A poca distancia de la puerta me abordó

2. Otra forma de referirse a la masonería.

un hombre lisiado que preguntó por la tienda de Burges. Parecía ser un sitio conocido en el barrio.

Me vi empujado a la tienda una segunda vez, y varias otras veces después de aquella, pero hasta mi tercera visita no descubrí que el señor Burges estaba medio interesado en Ackerman and Pernit's, los excelentes importadores de puros. Los había descubierto a través de un tío, cuyos hijos ahora vivían cerca de Cromwell Road, y se decía que ese tío suyo había estado en la Bolsa.

—Soy comerciante por instinto —dijo el señor Burges—. Me gusta el ritual del trato con las cosas. La tienda me ha salido bien. Me gusta portarme bien con la tienda.

La tienda la había abierto su abuelo en 1827, pero el mobiliario y el menaje debían de tener por lo menos medio siglo más. Los tarros marrones y rojos de tabaco normal y de rapé, con coronas, jarreteras y nombres de mezclas olvidadas con pan de oro; los barriles pulidos de tabaco Orinoco en los que se sentaban los clientes privilegiados; el mostrador de caoba capulina, las estanterías a las que habían dado forma con delicadeza, las vitrinas de junco para los puros, la báscula con engaste de plata alemana y las cuchillas holandesas de latón para el tabaco trenzado y en torta, todas eran cosas que podían ser codiciadas.

—Son mejor de lo que parecen —admitió—. Esa gran jarra de porcelana de Bristol no tiene co-

pia, que yo sepa. Esos ocho tarros de rapé en la tercera balda son cerámica de Dollin, que trabajaba para Wimble en 1740, y son absolutamente únicos. ¿Queda alguien en el oficio que te pueda decir qué era un Romano's Hollande? ¿O un Scholten's? Mira este cuerno de rapé de la época de Jorge I; y aquí tienes, de estilo Luis XV... ¿Qué estoy diciendo? Estilo Luis XIII, sí, por supuesto... Un rallador para hacer tabaco molido. Eran herramientas cotidianas en la tienda en la época de mi abuelo. ¡Y ahora no sé a quién dejárselo aparte de al Museo Británico!

Sus pipas —ojalá esto fuera un relato para expertos— formaban una maravillosa colección que conservaba en el recibidor, y allí tuve el privilegio de conocer a su mujer. Una mañana, mientras miraba con codicia los cigarros (que no puros) en la vitrina de madera de jacaranda, cuyos frontales de las cerraduras y pomos de los cajones eran de plata y de origen español, entró un canadiense lisiado en la tienda e interrumpió nuestra pequeña y feliz reunión.

—Dígame —dijo con un fuerte tono de voz—. ¿Es este el sitio correcto?

—¿Quién te manda? —exigió el señor Burges.

—Un hombre de Messines. ¡Pero eso da igual! No tengo certificado, ni papeles, nada, ¿entiendes? Me fui de mi logia con una deuda de diecisiete

dólares de cuotas atrasadas. Pero este hombre en Messines me dijo que a ti te daría igual.

—Me da igual —dijo el señor Burges—. Nos reunimos hoy a las siete de la tarde.

El hombre, decepcionado, puso cara larga.

—¡Carajo! —dijo él—. Es que estoy ingresado en el hospital, no puedo salir.

—Y los martes y los viernes a las tres de la tarde —añadió el señor Burges al momento—. Tendrás que pasar la prueba, por supuesto.

—Creo que podré superarla sin problemas —fue la respuesta jovial—. El martes, pues. —Se fue cojeando, pero sonriente.

—¿Y ese quién es? —pregunté.

—Sé lo mismo que tú, excepto que debe de ser un hermano. Ahora Londres está repleta de masones. ¡Vaya, vaya! Hoy en día hemos de hacer lo que se pueda. Si vienes al té de esta tarde, después te llevo a la logia. Es una logia de instrucción.

—Con mucho gusto. ¿Cuál es tu logia? —pregunté, pues aún no me había dicho el nombre.

—Fe y Trabajos n.º 5837, el tercer sábado de cada mes. Nuestra logia de instrucción se reúne en principio cada jueves, pero ahora nos vemos más a menudo porque hay muchos hermanos visitantes en la ciudad.

Entonces entró otro cliente y me fui mucho más intrigado por la variedad de pasatiempos del hermano Burges.

Para la hora del té se había vestido como si fuera a misa y llevaba quevedos dorados en lugar de gafas plateadas. Agradecí al cielo que se me hubiese ocurrido ponerme ropa decente.

—Sí, le debemos bastante al Taller —convino—. Todo ritual es fortalecedor. Es una necesidad natural del ser humano. Cuanto peor van las cosas, más se siente atraído por el ritual. Detesto un ritual chapucero dondequiera que se practique. Por cierto, ¿te importaría ayudar con los exámenes si hay algún hermano visitante esta noche? Algunos te parecerán muy oxidados; pero es el espíritu, no la letra, lo que vivifica.³ La cuestión de los hermanos visitantes es importante. Ahora hay tantos en Londres, ¿sabes? Y tan pocos sitios donde puedan reunirse.

—¡Qué cielo! —dijo la señora Burges y le entregó, cerrada, la funda con sus iniciales para el mandil.

—Nuestra logia está justo a la vuelta de la esquina —continuó él—. No seas demasiado crítico con nuestras dependencias. El sitio fue en su día un garaje.

Hasta donde me llegaba la vista en esa humillante oscuridad, paseamos por una callejuela hasta un patio. El señor Burges me condujo mientras murmuraba disculpas de antemano por todo.

3. Alusión a 2 Corintios, 3:6.